

LA FUNCION DEL BIBLIOTECARIO EN LA SOCIEDAD DEL FUTURO

por Susana Romanos de Tiratel

RESUMEN. Se intenta establecer la significación de la expresión sociedad de la información para el futuro medio ambiente de trabajo del bibliotecario; del mismo modo, se reflexiona sobre el impacto que la nueva tecnología de las computadoras puede tener sobre la función del mismo. Se sustenta la tesis de la necesidad de un fundamento teórico generalizador e incluyente, para sentar las bases de una imagen profesional coherente y sólida.

INTRODUCCION

El análisis de este tema propuesto por los organizadores de la XXVII Reunión Nacional de Bibliotecarios involucra algunas consideraciones y supuestos previos. En primer lugar, existe una apelación a la prospectiva o a la futurología. Ninguno de nosotros podría dudar de que vivimos en una sociedad que, en tanto organismo vivo, ha ido cambiando y continuará haciéndolo mientras perdure en el tiempo.

Mucho se ha escrito sobre esas mutaciones que han ido transformando la trama en la que se bordan las existencias individuales, es ésta una de las principales preocupaciones de sociólogos e historiadores, economistas y antropólogos. Así vemos que, frente a cierto número de características nuevas y dominantes, se ha intentado tipificar a la sociedad que las posee.

Llegamos entonces a esa elusiva denominación que está invadiendo nuestras vidas, tanto que ya es un lugar común afirmar que transitamos una nueva sociedad, la sociedad de la información, que viene a reemplazar a la sociedad industrial.

Pero, ¿qué es la información? No voy a pasar revista en esta ponencia a las definiciones de esa palabra porque creo que todas pecan, cuando menos, de vacuidad. Como afirma Roszak, "La palabra 'información' ha sido objeto de definiciones ambiciosas y univer-

sales que la convierten en una panacea para todo el mundo. A veces, ocurre que las palabras que llegan a significarlo todo acaban por no significar nada;..."¹⁾

Si le preguntáramos al hombre común qué es la información, nos diría que es lo que necesita para tomar el colectivo correcto, para hacer determinados trámites, para saber a qué hora llega o parte un amigo, etc. O sea, que lo que necesita son datos precisos, seguros y confiables, que pueden revestir distintas formas: números, nombres, fechas, lugares, acontecimientos o mediciones. Ahora bien, les pregunto ¿en qué momento de la historia, todo lo antedicho no fue importante?, ¿cuándo se pudo prescindir de la información para sobrevivir, para crecer, para desarrollarse? ¿Acaso la sociedad industrial no necesitó ingentes cantidades de datos para lograr sus metas? ¿Qué es lo que está cambiando?

Reflexionemos un momento, es dentro de esta sociedad productora de bienes donde, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, se produce un enorme volumen de información que toma la característica de un aluvión inmanejable. Al mismo tiempo, y como respuesta a ese problema aparecen las computadoras: herramientas capaces tanto de almacenar como de procesar información en cantidades inmensas siguiendo rigurosos procedimientos lógicos.

Ninguna tecnología de nuestra historia industrial ha evolucionado en forma tan rápida e impactante, ni ha ampliado a tal extremo sus potencialidades como las computadoras y las telecomunicaciones. Ello ha llevado, a su vez, a una concentración del poder político y económico que, por lógica, conduce a crear nuevas formas de dominación de la sociedad. Cuanto más se confunda a las

¹⁾ Roszak, T. El culto a la información. México, D.F.: Grijalbo, c1990. 277 p. (Los noventa, 13). p. 8.

personas y menos se las deje reflexionar, éstas estarán más dispuestas a aceptar las desventajas y menos a evaluar los inconvenientes. Y la palabra mágica para ello es la información vista como un recurso de valor universal e invariable, recurso que puede comprarse y venderse en el mercado, bien supremo pasible de codicia, de apropiación y de posesión.

"La comercialización en masa de información es uno de los capítulos más recientes de la gran historia económica de nuestro tiempo."²⁾ Esta afirmación de Roszak abre una parte que se titula: Los mercaderes de datos ³⁾, cuya lectura es por demás inquietante y nos muestra cómo se manipulan ciertos clichés para justificar formas de dominio económico o político.

Lo más grave para nosotros, los bibliotecarios, es que hemos caído en esa trampa, nos hemos convertido a la nueva fe y somos propagadores de ella.

DESARROLLO

Hemos escuchado en los últimos tiempos muchas cosas que convulsionan a nuestra profesión, a varias de ellas ni siquiera somos capaces de definirlas con precisión. Así, se habla de "nuevo perfil del bibliotecario", "profesionales de la información", "científicos de la información".

Me interesa sobre todo centrarme en el tema del nuevo perfil, que presupone una nueva función para una sociedad nueva.

Respecto a esa sociedad nueva soy más bien pesimista. No adscribo a las afirmaciones de futurólogos como Alvin Toffler o John

²⁾ Op. cit., p. 33.

³⁾ Op. cit., p. 33-63.

Naisbitt de una sociedad elevada a la categoría de *superstar* gracias a la economía de la información, donde las calles estén tapizadas con microchips y nuestra alimentación se satisfaga con diskettes. En esa sociedad habrá que seguir produciendo comida, abrigo para el hombre, ya sea éste vestimenta o vivienda, transportes y máquinas de alta, mediana o baja tecnología, en fin, habrá que continuar sosteniendo la vida de la especie sobre la tierra. Una sociedad nueva podría ser una sociedad más justa para todos, no una sociedad que, tomando a la información como recurso económico se lance a producirla indiscriminadamente, a procesarla sin tener en cuenta quién la usa o la necesita, a vender el slogan "información es poder", cuando lo cierto es que tener conocimiento y saber cómo alcanzarlo es lo que verdaderamente da poder a las comunidades, a perseguir más bien el beneficio económico que se puede extraer de todo ello, creando la ilusión de necesidades insatisfechas y de tecnologías mágicas que van a solucionar, por sí mismas, los irresueltos problemas estructurales de los que adolecen los países menos desarrollados, que no han podido todavía superar carencias no ya de recursos, sino de organización de los pocos con los que cuentan.

No comprender esto puede llevarnos a pensar que la función del bibliotecario en la sociedad del futuro será la de conocer primero, y aplicar después cualquier tecnología que agilice -ya sea en cantidad o en velocidad- el flujo de la información. Pareciera que más y más rápido ha reemplazado a mejor, más adecuado y dentro de los niveles aceptables por la percepción humana.

No es mi intención negar los beneficios de las nuevas tecnologías, sólo pretendo redimensionarlos. De hecho, este trabajo ha sido redactado utilizando una computadora que ha facilitado mucho

su realización. Nada de eso, lo que quiero afirmar es que las tecnologías en sí mismas no definen a una profesión.

Pensemos en algo tan aceptado y reconocido por la sociedad como es la medicina, nunca como ahora las nuevas tecnologías computacionales han permitido explorar y diagnosticar sin aplicar métodos cruentos: ningún médico negaría su utilidad, pero tampoco ninguno diría que, gracias a ellas, la función del médico ha cambiado, sino que las mismas le permiten cumplirla más eficientemente.

Creo que estamos llegando ahora a un punto crucial dentro de nuestra profesión: ¿cuál es la función primordial de un bibliotecario? Si somos capaces de responder a esta pregunta podremos identificarnos mejor y nos será más sencillo analizar si esa función es una función en mutación o un sustrato permanente que nos cohesiona.

Pienso que, básicamente, -y en esto comparto el pensamiento de Shera ⁴⁾-, la función del bibliotecario es la de mediador entre el hombre y los registros del conocimiento y la experiencia de otros hombres, que se transmiten a través del tiempo y el espacio. "La responsabilidad del bibliotecario es el manejo eficiente y efectivo de la transcripción, del registro gráfico de todo lo que la sociedad sabe sobre sí misma y su mundo." ⁵⁾

Es por ello que preguntarnos sobre la nueva imagen o el nuevo perfil es ocioso e irrelevante; sería más provechoso que nos preguntáramos ¿qué cosa hacemos nosotros que no hace nadie más? Somos los mediadores de una comunicación diferida, tenemos la

⁴⁾ Shera, J. Los fundamentos de la educación bibliotecológica. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1990. iii, 520 p. (Monografías, 9). p. 41 y ss.

⁵⁾ Op. cit., p. 131.

responsabilidad de reunir, organizar y facilitar el empleo de los registros gráficos, no importa en qué formato se presenten. El punto crítico de nuestra actividad es el de la reunión efectiva de una persona con el libro -y uso libro en su sentido más genérico-. Si ello sucede con frecuencia habremos tenido éxito, pero si sólo sucede esporádicamente o nunca tiene lugar, será muy difícil justificar lo que hacemos o lo que somos.

Para efectuar esta conexión o intermediación debemos centrarnos en el contenido del registro del conocimiento y la experiencia humana, no en los registros como objetos sin sustancia, sino como artefactos portadores de un mensaje que espera llegar a otro que lo necesita, por ello es que también es menester conocer y entender las necesidades de una comunidad particular respecto a esos registros. En esta intermediación se cumple un rol social, porque se satisface una demanda colectiva a través de una institución que la misma sociedad ha creado.

Esto vale para cualquier tipo de biblioteca y para cualquier clase de usuarios, comprenderlo en su sencillez lleva a reunir bajo una misma imagen a un grupo profesional que tiende a la especialización disgregadora, donde cada uno ve el problema de su biblioteca, de su clientela o de su temática. Pero yo sostengo que, si no somos capaces de encontrar una idea rectora, un fundamento generalizado y compartido por todos de nuestra disciplina, que actúe como el sustrato común que subyace a cualquiera de las actividades que desarrollamos, el resultado inevitable será la disgregación de la profesión por carecer de modelos de desempeño y de criterios de excelencia.

Ahora bien, si aceptamos nuestra función de intermediarios, veremos que, a través de la historia, los bibliotecarios han

tratado de cumplir con este rol. Aún cuando se afirma que durante siglos la biblioteca se preocupó sobre todo de conservar los registros más que de transferirlos, nadie puede negar que siempre existió una forma de organización bibliográfica, cuya finalidad era facilitar el acceso al conocimiento y la experiencia humanos. La gran revolución bibliotecaria se dio en el último cuarto del siglo pasado, cuando el enfoque centrado en los libros comenzó a girar hacia los lectores y se vio cada vez más enriquecida cuando se incorporaron los conocimientos sobre la comunicación: porque de eso se trata: diferida, indirecta, vicaria, pero comunicación al fin.

He leído varios artículos sobre el futuro de las bibliotecas, futuro lleno de avances tecnológicos, de bibliotecas sin muros, de seres humanos cada vez más aislados frente a una pantalla tecleando mensajes. Se habla de edición electrónica, de telecopia, de estación de lectura activa, de concentración de la información. Denis Varlot y Serge Chambaud llegan al extremo de decir que el nuevo rol del bibliotecario será el de profesionales que ayudarán a los lectores a utilizar de manera óptima los dispositivos cada vez más sofisticados que se les ofrece. Hablan de biblioteca ubicua ⁶⁾, por lo tanto, no sabemos dónde se instalará el bibliotecario para adiestrar a los usuarios en el uso de tantas maravillas, salvo que se convierta en bibliotecario a domicilio.

Todos estos artilugios dejan de lado el transitorio económico que los inspira y los promueve. De ahora en más veremos incrementarse la tendencia dominante de esta sociedad de la información: el

⁶⁾ Varloot, D.; Chambaud, S. "Du robinet à la ficle". *Documentaliste*. 1991, 28(1), p. 7.

crecimiento del sector privado que se apropiará y acaparará los desarrollos más lucrativos del mercado de la información, los productos y las tecnologías más redituables caerán en la esfera de ese sector. Mientras tanto, nosotros, pobres bibliotecarios del Tercer Mundo, seguiremos corriendo detrás de vanas quimeras; en un radio de ocho cuadras tres bibliotecas tendrán la misma base de datos en CD-ROM, pero a costa de ello, no verán crecer su colección de publicaciones periódicas, comprarán la información en el exterior y serán cada vez más pobres y dependientes.

Este es sólo un ejemplo de los tantos que podrían darse, porque falta una idea clara de nuestra función y nuestro papel en la sociedad, por ello es que nos resulta tan difícil distinguir y evaluar y es tan sencillo manipularnos.

CONCLUSIONES

Mis conclusiones serán muy breves y apuntarán sobre todo a señalar el peso exagerado que se le da en la actualidad a la biblioteca especializada. Por supuesto, todas las maravillas proyectadas para el futuro cuajan mejor en este tipo de biblioteca, que, además, es la que puede gastar más y, por lo tanto, es el bocado más apetecible para los mercaderes de la información y la nueva tecnología. Pero aún los bibliotecarios especializados deben estar muy alertas. Si piensan que un científico gasta el 30% de su tiempo en la búsqueda de información, el 20% en tareas de difusión y publicación, y el restante 50% en la investigación propiamente dicha, deberán estar preparados para experimentar el rechazo de los investigadores frente a nuevos sistemas que impliquen renovadas pericias, y trabajosos y largos aprendizajes.

Pensar que en países como el nuestro, en cada equipo de investigación podrá trabajar un bibliotecario que haga las búsquedas, seleccione las citas pertinentes, consiga los documentos, los lea, haga un review y se lo entregue a los investigadores, es soñar con los ojos abiertos. Mientras tanto hay que conformarse con mucho menos y hay que aceptar que cuando a un estudioso le es muy complicado acceder a la información que necesita, salvo en casos muy especiales, tiende a prescindir de ella o a buscarla por otros canales. Somos necesarios pero no somos imprescindibles.

Por el momento queda en espera y en el olvido todo el resto, resto numeroso e ignorado: los pobres, los diletantes, los solitarios, los chicos, los viejos...¿Dejarán de existir en la sociedad del futuro? Si eso sucediera, evitaría que nos preguntáramos si nuestra función va a ser distinta; de hecho, lo sería. Todos los registros del conocimiento y la experiencia del hombre estarían almacenados en una enorme memoria central, a la que se podría acceder a través de terminales funcionando conectadas a los teléfonos de nuestras casas. Nosotros -los nuevos bibliotecarios del futuro- sólo tendríamos que reunir los documentos y organizarlos, habría que suprimir en este caso las tareas de facilitar su uso, de interpretar para el usuario. Sencillamente, no interactuaríamos con personas reales, sino con clientes, con consumidores definidos a través de los estudios de mercado, con prototipos. Es probable que ese sea un excelente futuro para muchos o, quizás, sólo sea el futuro.

Todo esto me lleva a concluir que nuestra profesión está atravesando una seria crisis, no sólo en nuestro país sino en todo el mundo. Si intentamos sobrevivir debemos encontrar todos el sus-

trato teórico que nos permita elevarnos sobre la computadora, los ingenieros, los analistas de sistemas y reunirnos a pesar de nuestras diferencias individuales en una imagen compartida y aceptada por todos, a través de la cual la sociedad comience a identificarnos sin equívocos y sin titubeos.

Por fin, un reconocimiento de nuestra responsabilidad como docentes en la formación de bibliotecarios. Es muy difícil enseñar sin leer, sin reflexionar y sin discutir; una escuela debe honrarse con el privilegio de la duda. Se discute para aprender, no para la afirmación dogmática, se reflexiona para enriquecerse en el pensamiento y se lee para comunicarse con otros colegas, integrantes de ese colegio de invisible trama que perdurará mientras el diálogo pueda establecerse.

BIBLIOGRAFIA

Clavel, J.-P. L'avenir des bibliothèques ou la bibliothèque de l'avenir. Bulletin des bibliothèques de France. 1989, 34(2-3):207-13.

Detlefsen, E.G.; Olson, J. The librarian and the leaver: who leaves the profession? Journal of education for library and information science. 1991, 21(4):975-85.

Lapèlerie, F. De la fiolle au goutte à goutte. Documentaliste. 1991, 28(4-5):177-86.

Lapèlerie, F. La bibliothèque de demain. Documentaliste. 1992, 29(3):155-58.

Prins, H.; De Gier, W. Image, status and reputation of librarianship and information work. IFLA Journal. 1992, 18(2):108-18.

Roszak, T. El culto a la información: el folclore de las computadoras y el verdadero arte de pensar. 1a. ed. México, D.F.: Grijalbo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990. 277 p. (Los noventa, 13)

Schuman, P.G. The image of librarians: substance or shadow. Journal of academic librarianship. 1990, 16(2):86-9.

Shera, J.H. Los fundamentos de la educación bibliotecológica.
1a. ed. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones
Bibliotecológicas, 1990. iii, 520 p. (Monografías, 9)

Varloot, D.; Chambaud, S. Du robinet à la fiole. Documentaliste.
1991, 28(1):3-7.